

HOMILÍA

Domingo VIII del tiempo ordinario

Is 49, 14-15

a. Contexto

Estamos, amigas, amigos, dentro del Segundo Isaías, y en el segundo poema del Siervo de Yahvé. Aquí el Siervo se identifica bastante claramente con el pueblo de Israel.

Sin embargo, hay quienes dicen que las palabras referidas a Israel son una interpolación posterior, con ánimo de interpretar el texto original, por lo que el Siervo sería, otra vez, una figura individual, mesiánica.

El profeta se pregunta por la misión que se le ha encomendado, ante la actitud de abatimiento que hay en el pueblo a raíz de la salida de Babilonia. En este clima se insertan los poemas del Siervo.

Y en este clima, el Siervo sabe que su causa, su recompensa no están sino en el Señor. Este tema de la recompensa en el Señor acompaña todo el segundo poema del Siervo.

La referencia a la vuelta a la ciudad de Jerusalén, que el autor ve con la imaginación ya cercana, intenta animar a los desterrados todavía. De ahí la llamada a la alegría de Is 49, 13, preparación de los versículos de hoy.

b. Texto

Israel, en el fondo, sabe que Dios la había abandonado, y que por eso había estado en el destierro (cf. Is 49, 14). Y por eso el siervo va adelante, y afirma la inquebrantable presencia de Dios, su amor fiel a Israel.

El amor de Dios, el que le tiene a su pueblo, es más fiel que el de una madre a su hijo, amigas, amigos. Y si una madre olvidara alguna vez a sus hijos, Yahvé jamás olvidará a Israel.

Esta insistencia en la enorme fidelidad de Dios es una de las páginas más brillantes de todo el A.T., una síntesis de fe en Dios que enlazará plenamente con el mensaje del N.T., en Cristo, hermanos de fe cristiana.

El pecado, la desesperanza del hombre nunca serán pretexto para que Dios lo deje a un lado. La robustez de la postura de Dios es de por sí una garantía de la confianza del hombre, base de la actitud de fe siempre.

Hay, entonces, tres temas que componen estos versículos con que hoy rezamos a Dios nuestro Padre, compañeras/os en las tareas pastorales de cada domingo.

Son los siguientes: la fidelidad de Dios (cf. Is 49, 14-16, 26); el cambio en la suerte que tiene Jerusalén (cf. Is 49, 17-21), tema ya posterior a nuestro texto de hoy.

El tercero es la forma de tratar Israel a las naciones bajo las que ha

estado sometido el pueblo (cf. Is 49, 22-26), mientras el Señor sigue sin abandonar a su pueblo.

c. Para la vida

Lo llamativo de estos pasajes del Siervo se puede resumir en la actitud personal de éste, amigos, amigas. El siervo presenta sus credenciales, habla de su vocación, que él pone como testimonio.

Él dialoga personalmente con el Señor (cf. Is 49, 5), y por eso se siente llamado por Dios personalmente a esa su misión de hablar de la fidelidad de Dios.

Y yo me pregunto, hermana, hermana en la fe: ¿de qué se puedes ser testigo con más alegría, con mayor arrojo, que de la llamada personal que el Señor te ha hecho?

¿Hay regalo, situación, oportunidad personal o coyuntural (como ahora se dice) de la que puedas sentirte más orgulloso que haber sido querido, llamado, interpelado por el Señor?

Si ésa no es la alegría más inmensa, ¿de qué podremos alegrarnos los cristianos hoy, cuando ya las apoyaturas sociales, o el prestigio oficial no vale? (¡vamos, si es que alguien no lo busca todavía...!).

No es que esto sea un camino de rosas, no, claro... Hasta el siervo pone objeciones a Dios, ¿sabes? El siervo habla de la inutilidad de su palabra, ante la indiferencia de la gente, etc.

O sea, que no se trata de un camino de rosas, precisamente. Pero, bueno, el gozo de saberse amado/a por Dios está siempre a la base, ¿no? Pues eso, amigas/os.

A pesar del posible fracaso de la misión, de tu tarea, el Señor avisa de que estará contigo, de que si tienes limpieza de objetivo (rectitud de intención la llamaban nuestros mayores), su gloria estará contigo.

¿Para qué quieres más, dime, ¿eh? Ésa es la enseñanza del siervo: ahí la tienes...

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
antoniorojas.sdb@gmail.com